

Historia hecha teología¹

José María Tojeira S.J.

La UCA, en sus más de 35 años, ha dado muy pocos doctorados *honoris causa*. En teología, solo ha dado uno: a Mons. Oscar Romero. Lo recibió Mons. Arturo Rivera, porque la muerte violenta arrebató al hombre santo demasiado pronto. Tal vez para que se cumpliera una vez más la afirmación de la Escritura sobre el justo que muere prematuramente: “en pocos años llenó mucho tiempo” (Sab 4, 13). El doctorado que hoy otorgamos a Mons. Ricardo Urioste tiene mucho que ver con ese tiempo profundamente denso de nuestro Romero de América. Tiempo que trasciende sus tres años de pastoreo, en San Salvador, y que se extiende en las iglesias, hasta nuestros días. El paso de Mons. Romero por nuestras tierras actualizó de nuevo la pascua. Y la pascua del Señor crea siempre tradición, gozo profundo y esperanza. Tiempos nuevos que no se agotan en la rutina o en el cansancio del día a día. Y sobre todo, tiempo oportuno, *kairós*, que genera espíritu.

En ese contexto, en esa temporalidad densa, previa, contemporánea y posterior a Mons. Romero, se desarrolla la actividad y la palabra de Ricardo Urioste. Abriendo ventanas al Vaticano II, impulsando Medellín y Puebla, acompañando con fidelidad al arzobispo mártir, resistiendo, en la construcción de la paz, constante y firme, durante la guerra, al lado de los pobres siempre, y de manera muy especial, en el terremoto de 1986, sirviendo en todo tiempo a la Iglesia, Mons. Urioste crea y transmite teología, desde su palabra y su trabajo.

Desde su ejemplo y desde su figura, tan señera para muchos de nosotros, quisiera reflexionar hoy sobre el sentido de hacer teología, en una universidad, y sobre el sentido de este doctorado honorífico, que hoy le estamos otorgando.

1. Discurso pronunciado por el padre José María Tojeira, rector de la UCA, en ocasión de la entrega del Doctorado *honoris causa* en Teología a monseñor Ricardo Urioste, el 8 de noviembre de 2002.

Como ciencia de la fe, la teología es también ciencia del sentido profundo de lo humano. Dios se revela en el amor humano, y nos dice que la generosidad del crucificado, del servidor, del que resiste en el amor hasta el final, es, al mismo tiempo, y primariamente, amor divino. La llamada a la unidad que el Señor hace a sus seguidores, sugiere, en palabras del Concilio Vaticano II, "una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los Hijos de Dios en la verdad y en la caridad" (GS 24). Desarrollar esta analogía entre el amor divino y el humano, traducirla a obras de amor y verdad, es función de la teología. Una universidad, que, por definición, se dedica a producir conocimiento humano, a difundirlo y a hacerlo universal, tiene necesariamente que preocuparse por todo aquello que convierte lo humano en universal. La teología, como ciencia de la fe y como estudio universitario, contribuye a profundizar en la igual dignidad de las personas, al descubrir, en la propia humanidad, una realidad trascendente, que la reafirma y valora radicalmente. Hacer teología en una universidad, y máxime si ésta es de inspiración cristiana, es indispensable. Porque desde el análisis de la dimensión trascendente de lo humano, podemos profundizar con radicalidad, y en diálogo con las otras ciencias, la afirmación de que la humanidad es una. De algún modo, la teología ayuda a que las consecuencias sociales, éticas, filosóficas, científicas de esta afirmación, estén encaminadas a la creación de una cultura de constante humanización de nuestra propia realidad creada. El misterio amoroso que nos invade y nos trasciende, no niega la humanidad. Al contrario, le otorga una dignidad absoluta.

En El Salvador, con problemas graves de justicia social, con situaciones de pobreza y de disparidades escandalosas en el ingreso, con corrupción y debilidad institucional, con una institucionalidad que en determinadas y frecuentes ocasiones crea exclusión, con una democracia enferma de autoritarismo y de indiferencia ante las necesidades de los más débiles y pobres, la tarea de hacer teología se vuelve más imperante. Porque precisamente allí donde se niega la humanidad, en la cruz de una realidad injusta, es donde lo teológico adquiere su mayor fuerza y eficacia.

Pero la teología, como esa ciencia de la fe, tan particular, se hace simultáneamente desde una metodología científica y racional, y desde una vivencia personal y comprometida del misterio amoroso que le da origen. Parafraseando a santo Tomás de Aquino, desde la "representación figurada" del misterio del Señor Jesús, en la palabra y en la reflexión, y desde "la imitación de su obra"². En otras palabras, que la teología se hace en un camino de doble vía: desde la reflexión, con una metodología racional y desde el compromiso cristiano, abnegado y servidor, con la historia concreta.

Esta doble tarea la hemos contemplado en El Salvador como desafío, en tiempos muy recientes. La guerra, instrumento aberrante e inhumano de so-

2. *STh* III, q.66, a.12.

lución de conflictos, nos dejó, en medio de la destrucción, ejemplos de ese amor, donde lo humano y lo divino se entrecruzan. No solo en Mons. Romero, en un buen grupo de sacerdotes, en religiosas, o en los jesuitas de la UCA y sus dos colaboradoras. Un gran número de laicos y laicas supo dar la vida, en medio de la sencillez de sus rutinas. El celebrador de la Palabra que fue baleado, mientras caminaba para leer la Escritura y comentarla, en una ermita lejana. La mujer que dio de comer al hambriento y de beber al sediento, asesinada por practicar las obras de misericordia. El campanero que en Aguilares cayó víctima de los disparos, en medio de los sacerdotes a los que quería proteger, mientras tocaba las campanas de madrugada para que el pueblo se diera cuenta de que venían a llevarse a los curas. Hacer teología desde tanta entrega y tanta fe testimoniada, lleva a una transformación de la teología en su dimensión científica, convirtiéndola en teología de la liberación, y en teología narrativa, que actualiza el Evangelio, desde la narración de tanta generosidad y entrega. “Al término del segundo milenio —nos decía Juan Pablo II—, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires”³. Y ello cambia y actualiza, necesariamente, la teología. De esta teología nueva, nacida de la *praxis* liberadora y comprometida con los más pobres, rica en martirio y en honestidad humana y cristiana, será de la que hablemos hoy en este acto.

La generosidad derramada en El Salvador, en las últimas décadas, si se recuerda hoy desde la admiración y el respeto, humaniza profundamente a quien la contempla. En medio de una historia de gravísimas violaciones de la dignidad humana, la fuerza del Evangelio, encarnada en personas concretas, nos dice al mismo tiempo un nunca más, y un ahí están los hijos de Dios. Fuerza del Espíritu, enraizada profundamente en esos testigos del Señor hasta la sangre, testigos de la radical igualdad en dignidad de las personas, y mártires de la llamada a la solidaridad que esa igual dignidad reclama.

En ese contexto, en esa temporalidad densa, previa, contemporánea y posterior a Mons. Romero, se desarrolla la actividad y la palabra de Ricardo Urioste. Abriendo ventanas al Vaticano II, impulsando Medellín y Puebla, acompañando con fidelidad al arzobispo mártir, resistiendo, en la construcción de la paz, constante y firme, durante la guerra, al lado de los pobres siempre, y de manera muy especial, en el terremoto de 1986, sirviendo en todo tiempo a la Iglesia, Mons. Urioste crea y transmite teología, desde su palabra y su trabajo.

No es extraño que, desde esa experiencia rica en generosidad, Ellacuría hablara de la necesidad de salir de la guerra no solo haciendo desaparecer las

3. *Tertio Millenio Adveniente*, 37.

causas de la misma, sino construyendo una nueva civilización, que él llamaba civilización de la pobreza. Civilización donde se da prioridad a los valores de quienes persisten fieles a la humanidad, en medio de quienes la niegan, e incluso en medio del despojo de lo humano. Servicio, austeridad, fortaleza de ánimo, generosidad para compartir lo que se es y lo que se tiene, valores todos ellos puestos al servicio de un mundo más fraterno, más generador de esperanza, más justo y más humano.

Hacer teología no es, pues, disertar sobre lo lejano. La primera teología que se hace en la Iglesia primitiva era narración cercana. Recuerdo de una historia que descubría que en la pobreza hay espíritu, en la misericordia don, en la justicia reino de Dios. Seguridad en que la fe conduce al seguimiento del Señor, la esperanza lleva a la resistencia, el amor a la transformación de la realidad. Y que esos tres dones juntos y actuantes logran que, en medio de la muerte, surja una vida diferente y actuante ya en la historia. No es extraño que en estos tiempos recios, por usar una frase de santa Teresa de Jesús, vuelva la narrativa a convertirse en teología. "Nuestra fe —decía Mons. Urioste— supone mucho más de lo que estamos acostumbrados a hacer, aunque sea muy bueno. No se encuentra a Dios si no se encuentra al hermano necesitado" (Orientación, 13 de septiembre de 1987). El dolor del desaparecido y sus familiares, del amenazado, del pobre, del perseguido genera, en la solidaridad, encuentro con Dios. Generan teología en la narración de ese constreñirse de las entrañas, que empuja a encontrar a Dios, en el rostro irreconocible del golpeado por la injusticia, el dolor o el olvido.

Es lógico que, desde esta experiencia, la teología se vuelva solidariamente misericordiosa. La crítica liberadora, la propuesta esperanzada de nuevas metas de humanización, el ejercicio de la consolación, son formas hondas de esta misma opción teórico-práctica, intelectual y comprometida al mismo tiempo, de historizar la compasión y la misericordia de Dios. La teología es siempre *kerygmática*, pero el anuncio nunca se desvincula de la realidad. Las bienaventuranzas, las parábolas, el relato del juicio final, en san Mateo, vinculan siempre la salvación a la actividad humana y a la tarea de humanizar la sociedad.

Una universidad como la UCA, que quiere poner su centro fuera de sí misma, en la realidad del país y en las necesidades de las grandes mayorías, encuentra en la teología no solo un refuerzo o una palabra de ánimo, sino su verdadera alma. La inspiración cristiana no responde prioritariamente a una doctrina, sino a un espíritu. Como en la poesía de León Felipe, la doctrina se puede comer al templo, al arca que la guardaba y al hombre que la mantenía junto a su corazón, en el bolsillo interno del chaleco. La inspiración cristiana y la teología que perseguimos es el resultado de incorporar a la propia existencia esa fuerza vital del Evangelio. Que la Palabra sea alimento y que, de nuevo como en la poesía, nuestro propio cuerpo, como realidad histórica y vital,

sea doctrina, arca y templo. En palabras de Ignacio Ellacuría, “al concebir la fe como principio de liberación, cuyo origen último y destino final es Dios mismo, y al ponerla en marcha desde la opción preferencial por los pobres que el Santo Padre ha resaltado en los últimos meses como una dimensión esencial de la más pura y exigente fe cristiana, no podemos menos de ver una potenciación mutua entre la fe que viene de arriba y el clamor de los pobres que viene de abajo, entre las exigencias más profundas de la fe y las exigencias más profundas del quehacer universitario”⁴.



Esta síntesis entre fe y realidad, en nuestros países con un margen tan grande de personas viviendo en la pobreza, pasa, necesariamente, por un compromiso solidario. No se puede amar a Dios a quien no vemos, diríamos hoy, sin amar a esas grandes mayorías que tienen hambre y sed de justicia, de que se les respete su dignidad humana, y que son tan visibles en nuestras sociedades.

Esta tarea, inspirada en la cruz, de unir la verticalidad de nuestra relación con Dios con la horizontalidad de los brazos abiertos hacia lo humano, se realiza y se comprende mejor desde la contemplación de personas que se convierten, en el tiempo, en verdaderos paradigmas de acción, entrega y servicio cristiano. Los mártires constituyen la esencia de esas vidas ejemplares y evangelizadoras. El primer relato en el que se usa el término mártir, en su sentido actual, conocido como el martirio de Policarpo (san Policarpo de Esmirna), recorre los aspectos de la pasión del santo obispo, los cuales coinciden con rasgos concretos de la pasión del Señor Jesús. Cuando Ellacuría decía que con Monseñor Romero “pasó Dios por El Salvador”, no hacía otra

4. “La UCA ante el doctorado concedido a Mons. Romero”. *ECA* 437, 1985, p. 176.

cosa sino resaltar la hondura teológica de una vida y de una muerte que es, una vez más, testimonio de resurrección. San Juan Crisóstomo consideraba como la mayor prueba de la resurrección el hecho de que hombres y mujeres, incluso sin haber conocido personalmente a Cristo, fueran capaces de dar la vida por seguir su palabra. Otorgar la fuerza para el riesgo, para encarar la posibilidad de la tortura, la persecución, e incluso para aceptar con dignidad la muerte injusta y violenta, nos decía san Juan Crisóstomo, “no puede ser la hazaña de un muerto que yace tendido en el sepulcro, sino obra de quien resucitó y vive”⁵. A Monseñor Romero le dio esa fuerza el Resucitado, y al unirse a Él en la muerte, se convirtió también no solo en testigo de la resurrección, sino en espíritu vivificante y fortalecedor, unido al espíritu del Señor.

Frente a todos los problemas de nuestra convivencia, social, política y eclesial, Mons. Urioste ha vivido la vida con intensidad, inmerso cristianamente en la historia que le ha tocado vivir. Ha tratado de ver la realidad desde los ojos de Dios y ha practicado vitalmente aquella recomendación de los teólogos de hacer teología de rodillas. Por eso se ha convertido, para muchos de nosotros, en un referente de autenticidad.

El testimonio de Mons. Romero, de nuestros mártires en general, se nos ha dado a todos como don. Pero no todos hemos sabido multiplicarlo desde nuestra palabra y nuestro servicio eclesial. Cuando en este momento estamos honrando a Mons. Urioste con un doctorado en teología, estamos reconociendo que, a partir de su palabra y de su servicio en la Iglesia, ha logrado convertir en teología, en ciencia de la fe, la historia reciente de nuestro pueblo. No solo desde su accionar diario y entregado, trabajando muy de cerca de tres arzobispos, sino también desde la capacidad de ayudar a la Iglesia local a abrirse a los nuevos aires del Concilio, a descubrir en los pobres su tesoro, y a servir sin descanso en la tarea de humanización de conflictos.

Su relación cercana con Monseñor Romero, plasmada inobjetablemente en el hecho de ser el sacerdote más veces nombrado en el diario personal del arzobispo mártir, no fue solo un don para él. Desde la muerte martirial del pastor, Mons. Urioste fue convirtiéndose en un signo de su recuerdo y de su vigencia a la hora de iluminar la realidad salvadoreña. Consciente de que Mons. Romero “fue el hombre más querido y más odiado de El Salvador” (*Orientación*, 17 de marzo de 1996), Ricardo Urioste se empeñó en ayudar a todos a valorar y dimensionar al hoy Siervo de Dios Óscar Arnulfo Romero. Explicar la raíz del odio y del amor fue el primer paso. La causa fue probablemente la misma: ese modo de ser profundamente libre y verdadero del

5. “Panegírico en honor a S. Ignacio de Antioquia”, en *Padres apostólicos*, BAC, p. 627.

arzobispo mártir. Verdad y libertad que, desde el tiempo de Jesús, provocan siempre esa reacción de aceptar el Evangelio, o de rechazarlo. “Monseñor Romero se sintió libre con la libertad que Cristo nos dio y con la verdad que nos hizo libres”, decía Mons. Urioste en *Orientación* (4 de marzo de 2001). Todo un programa, en el fondo, de seguimiento de quien fue libre y liberador, Jesús de Nazaret. Todo un proyecto, verdad y libertad, para redimirnos de los odios fratricidas y para construir un país más solidario. Y todo un símbolo, el arzobispo sacrificado, servidor libre de la verdad, que desde su sacrificio nos anima a peregrinar, aun azorosamente, hacia esa sociedad más justa, construida sobre la verdad de nuestra realidad fraterna.

Este modo de pensar, teológicamente hondo, tiene siempre un reflejo sociopolítico en el discurso. Para el terremoto de 1986, Mons. Urioste recibió el encargo de dirigir la respuesta de emergencia del arzobispado. Eran tiempos duros y los hospitales apenas tenían medicinas para tanto herido. La arquidiócesis fue la única institución, con el apoyo solidario de las demás diócesis, que respondió masivamente a la catástrofe desde el primer día. Cuando ocho días después se tuvo un acto ecuménico frente a la imagen caída de El Salvador del Mundo, Mons. Urioste lo presidió. Su mensaje fue muy claro: pedía que la solidaridad con el dolor provocado por el terremoto, nos ayudara a solidarizarnos más ampliamente con las víctimas del terremoto de la guerra. “El terremoto no ha pasado, y la guerra tampoco” (*Orientación*, 26 de octubre de 1986) decía quince días después de la catástrofe, en la capital. El dolor de los pobres no está nunca desvinculado de una causalidad que va más allá de los fenómenos concretos. En el fondo, la guerra y el terremoto causaban víctimas, porque las relaciones entre los seres humanos, personales y estructurales, no eran tan fraternas como deberían ser. La falta de viviendas dignas, nos volvería a recordar, “anuncian luto” (*Orientación*, 21 de enero de 2001). El terremoto se convierte así, como la guerra, en “un símbolo cruel del deterioro en que vivimos” (*Orientación*, 28 de enero de 2001).

Los pobres, víctimas principales tanto de enfrentamientos sociales, guerra incluida, como de los desastres naturales, son para Monseñor Urioste el centro de nuestra opción cristiana. No hay pastoral social, no hay desarrollo digno, ni política responsable sin cercanía a ellos. “Hay que bajar al asfalto —nos decía recientemente en *Orientación*— y ver el dolor, el sufrimiento y convivir con él. Hay que subir a la montaña, pero para bajar de nuevo a la llanura y mezclarse con las angustias de los hombres. Es necesario volver a bajar y oír los gritos y los lamentos de la gente. Hay que cantar alabanzas a Cristo, pero hay que bajar a aliviar el llanto del pueblo que sufre” (*Orientación*, 24 de febrero de 2002). La pobreza y la exclusión nos llaman siempre a transformar la realidad. Frente a quienes creen que el problema es simplemente de inversión económica, Monseñor les recuerda que “construir un país no es tanto cosa de dinero, es cosa de solidaridad, de amor en obras de justicia y de dar prioridad a los pobres” (*Orientación*, 25 de marzo de 2001). Y en esto, si-

cosa sino resaltar la hondura teológica de una vida y de una muerte que es, una vez más, testimonio de resurrección. San Juan Crisóstomo consideraba como la mayor prueba de la resurrección el hecho de que hombres y mujeres, incluso sin haber conocido personalmente a Cristo, fueran capaces de dar la vida por seguir su palabra. Otorgar la fuerza para el riesgo, para encarar la posibilidad de la tortura, la persecución, e incluso para aceptar con dignidad la muerte injusta y violenta, nos decía san Juan Crisóstomo, “no puede ser la hazaña de un muerto que yace tendido en el sepulcro, sino obra de quien resucitó y vive”⁵. A Monseñor Romero le dio esa fuerza el Resucitado, y al unirse a Él en la muerte, se convirtió también no solo en testigo de la resurrección, sino en espíritu vivificante y fortalecedor, unido al espíritu del Señor.

Frente a todos los problemas de nuestra convivencia, social, política y eclesial, Mons. Urioste ha vivido la vida con intensidad, inmerso cristianamente en la historia que le ha tocado vivir. Ha tratado de ver la realidad desde los ojos de Dios y ha practicado vitalmente aquella recomendación de los teólogos de hacer teología de rodillas. Por eso se ha convertido, para muchos de nosotros, en un referente de autenticidad.

El testimonio de Mons. Romero, de nuestros mártires en general, se nos ha dado a todos como don. Pero no todos hemos sabido multiplicarlo desde nuestra palabra y nuestro servicio eclesial. Cuando en este momento estamos honrando a Mons. Urioste con un doctorado en teología, estamos reconociendo que, a partir de su palabra y de su servicio en la Iglesia, ha logrado convertir en teología, en ciencia de la fe, la historia reciente de nuestro pueblo. No solo desde su accionar diario y entregado, trabajando muy de cerca de tres arzobispos, sino también desde la capacidad de ayudar a la Iglesia local a abrirse a los nuevos aires del Concilio, a descubrir en los pobres su tesoro, y a servir sin descanso en la tarea de humanización de conflictos.

Su relación cercana con Monseñor Romero, plasmada inobjetablemente en el hecho de ser el sacerdote más veces nombrado en el diario personal del arzobispo mártir, no fue solo un don para él. Desde la muerte martirial del pastor, Mons. Urioste fue convirtiéndose en un signo de su recuerdo y de su vigencia a la hora de iluminar la realidad salvadoreña. Consciente de que Mons. Romero “fue el hombre más querido y más odiado de El Salvador” (*Orientación*, 17 de marzo de 1996), Ricardo Urioste se empeñó en ayudar a todos a valorar y dimensionar al hoy Siervo de Dios Óscar Arnulfo Romero. Explicar la raíz del odio y del amor fue el primer paso. La causa fue probablemente la misma: ese modo de ser profundamente libre y verdadero del

5. “Pancgórico en honor a S. Ignacio de Antioquia”, en *Padres apostólicos*, BAC, p. 627.

arzobispo mártir. Verdad y libertad que, desde el tiempo de Jesús, provocan siempre esa reacción de aceptar el Evangelio, o de rechazarlo. “Monseñor Romero se sintió libre con la libertad que Cristo nos dio y con la verdad que nos hizo libres”, decía Mons. Urioste en *Orientación* (4 de marzo de 2001). Todo un programa, en el fondo, de seguimiento de quien fue libre y liberador, Jesús de Nazaret. Todo un proyecto, verdad y libertad, para redimirnos de los odios fraticidas y para construir un país más solidario. Y todo un símbolo, el arzobispo sacrificado, servidor libre de la verdad, que desde su sacrificio nos anima a peregrinar, aun azarosamente, hacia esa sociedad más justa, construida sobre la verdad de nuestra realidad fraterna.

Este modo de pensar, teológicamente hondo, tiene siempre un reflejo sociopolítico en el discurso. Para el terremoto de 1986, Mons. Urioste recibió el encargo de dirigir la respuesta de emergencia del arzobispado. Eran tiempos duros y los hospitales apenas tenían medicinas para tanto herido. La arquidiócesis fue la única institución, con el apoyo solidario de las demás diócesis, que respondió masivamente a la catástrofe desde el primer día. Cuando ocho días después se tuvo un acto ecuménico frente a la imagen caída de El Salvador del Mundo, Mons. Urioste lo presidió. Su mensaje fue muy claro: pedía que la solidaridad con el dolor provocado por el terremoto, nos ayudara a solidarizarnos más ampliamente con las víctimas del terremoto de la guerra. “El terremoto no ha pasado, y la guerra tampoco” (*Orientación*, 26 de octubre de 1986) decía quince días después de la catástrofe, en la capital. El dolor de los pobres no está nunca desvinculado de una causalidad que va más allá de los fenómenos concretos. En el fondo, la guerra y el terremoto causaban víctimas, porque las relaciones entre los seres humanos, personales y estructurales, no eran tan fraternas como deberían ser. La falta de viviendas dignas, nos volvería a recordar, “anuncian luto” (*Orientación*, 21 de enero de 2001). El terremoto se convierte así, como la guerra, en “un símbolo cruel del deterioro en que vivimos” (*Orientación*, 28 de enero de 2001).

Los pobres, víctimas principales tanto de enfrentamientos sociales, guerra incluida, como de los desastres naturales, son para Monseñor Urioste el centro de nuestra opción cristiana. No hay pastoral social, no hay desarrollo digno, ni política responsable sin cercanía a ellos. “Hay que bajar al asfalto —nos decía recientemente en *Orientación*— y ver el dolor, el sufrimiento y convivir con él. Hay que subir a la montaña, pero para bajar de nuevo a la llanura y mezclarse con las angustias de los hombres. Es necesario volver a bajar y oír los gritos y los lamentos de la gente. Hay que cantar alabanzas a Cristo, pero hay que bajar a aliviar el llanto del pueblo que sufre” (*Orientación*, 24 de febrero de 2002). La pobreza y la exclusión nos llaman siempre a transformar la realidad. Frente a quienes creen que el problema es simplemente de inversión económica, Monseñor les recuerda que “construir un país no es tanto cosa de dinero, es cosa de solidaridad, de amor en obras de justicia y de dar prioridad a los pobres” (*Orientación*, 25 de marzo de 2001). Y en esto, si-

guiendo una vez más una razón teológica: “Dios tiene un lenguaje muy distinto para referirse al pobre y al rico” (*Orientación*, 28 de octubre de 2001).

Frente a todos los problemas de nuestra convivencia, social, política y eclesial, Mons. Urioste ha vivido la vida con intensidad, inmerso cristianamente en la historia que le ha tocado vivir. Ha tratado de ver la realidad desde los ojos de Dios y ha practicado vitalmente aquella recomendación de los teólogos de hacer teología de rodillas. Por eso se ha convertido, para muchos de nosotros, en un referente de autenticidad. “No somos llamados a crear disfraces —nos decía hace poco—, somos llamados a vivir con y para la verdad” (*Orientación*, 10 de febrero de 2002). Frente al clásico *primun navigare, deinde vivere*⁶, que decían los antiguos lobos de mar aventureros, nuestro sacerdote amigo insiste: “No hay razón para vivir, si no se vive la vida con autenticidad” (*Orientación*, 12 de noviembre de 2000).

Este es el hombre al que estamos honrando. Una persona que opta por la verdad, en un mundo y una historia concreta, en la que estaba “desnuda la verdad, muy proveída, de armas y valedores la mentira”⁷. Un cristiano que sabe, y lo estoy citando, que “donde hay muerte en todos los sentidos, estamos llamados, con el resucitado, a clamar por la vida que viene de Dios” (*Orientación*, 26 de abril de 1998). Un sacerdote que ha aprendido desde la solidaridad diaria, y de nuevo lo cito, que “la primera cualidad del pastor es querer a los que pastorea” (*Orientación*, 23 de julio de 2000). Un testigo de la fe y un evangelizador que aspira a responder desde la fidelidad y el servicio eclesial, tanto a su responsabilidad de ser persona humana, como a la gracia de la vocación recibida.

En 1998, y desde tu habitual tribuna de *Orientación* (4 de octubre de 1998), nos decías, Ricardo, que “para ser santo es preciso ser humano, y para ser humano es necesario ser sensible y preocupado”. El juicio sobre la santidad se lo dejamos a Dios. Pero sí queremos decirte que desde la universidad te admiramos como hombre de fe y maestro al mismo tiempo en humanidad. Muchas gracias por tu vida y por tu servicio a la Iglesia y a El Salvador.

San Salvador, 8 de noviembre de 2002.

6. Primero navegar, después vivir.

7. Fray Luis de León, “A nuestra Señora”.